

Litha|Secretos del Bosque

Madison Blair



Capítulo 1

Prefacio

Litha, más conocida en nuestros días como solsticio de verano, era la festividad pagana que marcaba el comienzo de una nueva etapa en la rueda del año. Los campos se teñían de dorado y la magia del fuego y del agua se hacían presentes mediante los rituales llevados a cabo.

La luz del sol triunfaba por sobre las tinieblas, dando pie al día más largo del año; pero a su vez delimitaba el principio de su muerte, ya que a partir de ese momento, la noche y oscuridad empezarían a ganar cada vez más y más protagonismo. No obstante, no era considerado algo negativo, sino más bien como un ciclo. Una alternancia entre la vida y la muerte.

Capítulo 2

“Among the monsters, I am well hidden; who looks for a leaf in a forest?”

— *Night at the Circus*, Angela Carter

Capítulo 1

1591

Un joven de cabellos áureos recorría a paso lento el casi imperceptible sendero de un bosque; pasaba su mirada por cada recoveco, buscando algo con lo cual entretenerse. Llevaba consigo un desgastado escudo de madera y una humilde espada hecha con algo que a duras penas parecía metal, pero eso no detenía su valor ni su sed por aventuras.

Pero estas aventuras que él tanto ansiaba no eran las comunes para alguien de su edad; ni siquiera para alguien con un mínimo sentido de la auto preservación, si se quiere ver de esa forma. Nada de coleccionar piedras, hojas o insectos poco comunes. Ni siquiera observar aves y escucharlas cantar. El deseo de este chico era encontrar una de aquellas bestias con las cuales las madres asustaban a sus niños cuando estos no querían dormir. Encontrar una y derrotarla.

Aquel bosque, que a muchos inspiraba terror, le despertaba una inmensa curiosidad, la cual no iba a irse por más que su madre le advirtiera una y otra vez sobre los peligros que este albergaba en sus profundidades.

La fría temporada de invierno le había dado paso a la primavera y a sus lluvias, por lo que los olores a tierra mojada y a leña húmeda dominaban en aquel arbolado. Los primeros brotes, de un verde brillante, alojaban pequeñas gotas de agua que salían disparadas cada vez que el ligero, pero constante viento los azotaba. Los animales poco a poco se

despertaban de su hibernación y el bosque recobraba la vida que alguna vez había tenido antes de los días invernales.

El joven avanzaba sin mirar atrás; analizando cualquier piedra, matorral y hojarasca que se le pusiera en frente. Lo único que logró sacarlo de su estado de concentración fue el movimiento inusual de uno de los arbustos. Se acercó sigilosamente, con la espada en guardia, procurando no hacer ningún ruido que pudiera alertar al ser que se escondía tras la vegetación. Apartó las hojas de una estocada y, con un fuerte grito de guerra, le hizo frente a lo que potencialmente era lo que tanto buscaba.

La pobre ardilla, que investigaba dónde estaban las bellotas que había escondido a finales del otoño, huyó chillando y trepó al árbol más cercano, gracias al susto que le había dado el chico. Este solo suspiró desganado y siguió su camino. Más temprano que tarde, empezó a desilusionarse. Lo que él pensaba sería una increíble tarde de aventuras y desafíos, se transformó paulatinamente en un simple paseo por el bosque.

Pero mientras él se mantenía absorto en sus pensamientos, el día avanzaba de forma rápida y las primeras pinceladas rojizas del atardecer se dejaban ver tras la copa de los árboles. Con cada paso, el sendero que ya de por sí era casi indistinguible, se hacía cada vez más y más invisible ante los ojos de cualquier humano. Sólo fue cuestión de tiempo para que se diera cuenta de que se había perdido.

Ahora su máxima prioridad era encontrar la salida. Trató de mantener la calma, respirar hondo y guiarse con la escasa luz que quedaba, pero sus intentos eran en vano; lo único que podía percibir era la corteza de los árboles y los últimos cantos de las aves, antes de que estas se fueran a dormir.

Luego de caminar por unos minutos, que parecieron horas, el muchacho notó cómo poco a poco la densidad de los árboles disminuía algunos metros más adelante. Esperanzado, aceleró la velocidad de sus pasos en esa dirección, solo para toparse con un claro, seguramente, en el corazón del bosque.

Se dejó caer, agotado por completo. Sus hombros y pecho subían y bajaban, acompañando el ritmo de su respiración agitada. Alzó la vista, en el cielo empezaban a aparecer las primeras estrellas, al mismo tiempo que este dejaba atrás los colores del ocaso y se teñía de azul oscuro. Pero algo obstruía su visión del firmamento casi nocturno: un techo cónico de tejas color plomo, descuidadas por el paso del tiempo; bajó la vista para contemplar la edificación en su totalidad, la cual era una humilde choza, hecha de madera oscura agrietada y piedras enmohecidas.

Al lado de la casita había un extenso jardín lleno de plantas de todo tipo, que con un angosto camino de piedras se conectaba con la entrada de la

vivienda. Eso era todo lo que su limitado campo de visión le permitía contemplar.

— ¡¿Qué haces aquí?! —escuchó una aguda voz a sus espaldas. Se dio vuelta de forma rápida, mientras el corazón se le aceleraba producto del susto.

Una niña un par de años menor que él se encontraba parada justo en el límite entre el bosque y el claro. Entre sus manos llevaba un pequeño recipiente de terracota, en cuyo interior había una vela casi consumida por completo. Su tenue luz le permitió ver las facciones de la chica: tez extremadamente pálida, pómulos huesudos, labios escamosos y unos ojos tan azules como el cielo en ese momento, aunque sus párpados estaban hinchados y escleróticas enrojecidas.

—Estaba buscando monstruos, pero me perdí ¿y tú? ¿Por qué estás aquí?

Ella le dio una mirada fugaz a la choza, para luego redireccionarla al chico.

— ¡No puedes estar aquí! —chilló la niña, lo que provocó que la vela titilara. —Hoy hay luna llena, el bosque es muy peligroso ¡Tienes que irte!

— ¡Es lo que estoy tratando de hacer, pero ya te dije que me perdí! Además tú eres más pequeña que yo, y encima eres mujer, el bosque es el doble de peligroso para ti.

La pequeña exhaló fuertemente.

—Me conozco el bosque como la palma de mi mano e iba a ofrecerme a llevarte hasta la salida, pero como eres un idiota, te quedas solo. Suerte logrando que no te coma algo en el camino.

Y sin agregar nada más, avanzó levantando las rodillas hasta la hortaliza y se agachó junto a una de las plantas. El muchacho se quedó atónito, nunca había visto a una mujer hacerle frente a un hombre de esa forma tan segura; las mujeres de su pueblo solo agachaban la cabeza y aceptaban lo que les decían.

Así se quedó, sentado en el suelo húmedo, ensuciándose la ropa con barro y observando a aquella niña respondona. Por su mente pasaban varias preguntas: ¿Acaso ella vivía ahí? ¿Estaba sola? ¿Necesitaba ayuda?

Meditó la situación durante unos escasos segundos. Él no era el tipo de personas que disfrutaba hacer sentir mal a los demás, ni tampoco del tipo que se le resultara difícil pedir perdón. Además de que era consciente sobre el problema en el cual se encontraba, lo mejor sería tener a esa

niña de su lado y que lo guiara hasta la salida.

Se paró de un salto, se sacudió los pantalones haciendo que varias hojillas de césped salieran disparadas, y empezó a caminar. Su paso trastabillaba al no poder ver el suelo por donde iba, y también por la incertidumbre de saber si ella lo perdonaría o no. Al principio le había encantado la idea de ir solo por el bosque buscando aventuras, pero ahora que la oscuridad y la luna habían salido, y más aún teniendo en cuenta que esta última se encontraba en su fase completa, creía que lo más conveniente era abortar la misión. Una cosa era buscar las criaturas diurnas, que si bien podían llegar a ser peligrosas, no eran nada con lo cual un muchachito de trece años no pudiera lidiar. Otra cosa muy distinta era encontrarse con aquellos seres que acechaban a los humanos con la complicidad de las tinieblas, sedientos por el sabor de su muerte.

—Lo siento, no dije eso para que te ofendieras—. Dijo al llegar hasta su lado.

Ella estaba cortando y limpiando las abultadas raíces marrones de una planta de tallo grueso y hojas alargadas. Ni siquiera se inmutó ante las disculpas.

—Lo siento, de veras. Lo dije como una observación, no como un comentario hiriente.

Finalmente la chica se dio vuelta. Sus grandes ojos azules estaban cristalinos, y lágrimas amargas surcaban sus mejillas. Pasó una de las mangas de su vestido marrón oscuro para secarlas, pero lo único que hizo esta acción fue mezclar su llanto con la tierra del huerto, ensuciándole la cara.

— ¿Por qué lloras? ¿Es por lo que te dije?

Sintió un retorcijón en el estómago al contemplar la posibilidad de haber herido realmente a la chiquilla con sus palabras. No fue su intención.

Pero ella movió la cabeza de lado a lado.

— ¿Entonces por qué lloras? —Posó una de las manos en su hombro derecho, intentando calmarla.

—Te llevaré a la salida si dejas de preguntar—. Su vocecita nasal se entrecortaba, provocando que apenas se entendiera lo que decía. Volvió a intentar secarse la cara con sus ropas y se puso de pie.

—Está bien—. Aceptó la consigna, aunque no lo convenciera del todo. Siempre quería saber el por qué de todo y ayudar a las personas cuando

estas se sentían mal.

Caminaron juntos hasta los límites del claro, ella unos pasitos más adelante. Cuando estuvieron a punto de internarse entre los árboles y la oscuridad, la chica se dio vuelta, tendiéndole unas hojas verdes y muy aromáticas.

—Ten esto, es albahaca —él las agarró y se las llevó a la nariz— Tenemos que refregárnoslas en las partes donde la piel es más delgada, para disimular un poco el olor de nuestra sangre y que las criaturas no nos encuentren tan rápido.

Vio como ella se refregaba las hojas en el cuello y las muñecas, así que la imitó. Una vez que tomaron las precauciones necesarias, emprendieron el viaje.

— Me llamo Edwyn, ¿y tú? —Quiso saber. Esa chica lo intrigaba mucho y no iba a disimularlo.

—No puedo decírtelo.

— ¿Por qué no? ¿Acaso es un secreto?

—Algo así.

— ¿Y por qué vives en el bosque?

— ¿Por qué vives en el pueblo? —Contraatacó ella, un poco molesta por la pregunta.

—Porque ahí viven mi mamá, mi papá, mis tíos, mis primos... ¿Tu familia vive contigo en el bosque?

—No —contestó ella de forma seca mientras iluminaba con la vela el tronco de un árbol a su derecha.

— ¿Qué estás buscando?

—Esto —señaló un pequeño símbolo tallado en la corteza. Edwyn lo vio parecido a una V, pero acostada, con la apertura mirando hacia la derecha

— ¿Esas no son los símbolos que usaban los herejes?

— No... No lo sé— titubeó— Ya estaba.. El árbol ya estaba marcado cuando lo encontré. Sólo lo uso como referencia

Y antes de que Edwyn tuviera tiempo a hacer otra pregunta, unos pasos se hicieron oír. Algo grande y pesado aplastaba las hojas muertas con su rápido andar. Los pájaros se despertaban para huir aterrados, piando en busca de auxilio. A la chica no le hacía falta verlo para saber qué era lo que se aproximaba.

La bestia se hizo presente. Medía cerca de dos metros y medio, y su cuerpo estaba recubierto por un denso pelaje de color arena, manchado con barro y sangre. Su hocico era negro y sus fauces dejaban ver colmillos del largo del dedo índice de un hombre adulto. Sus ojos dorados, que reflejaban el brillo de la luna llena, la dueña de sus desgracias, los miraban fijamente: analizaba sus movimientos, esperando el momento indicado para atacar y devorarlos de un solo bocado.

La chica sacó una flauta de madera de uno de sus bolsillos, tan rápido que hasta ella misma se sorprendió de sus reflejos. Puso los dedos en los agujeros correspondientes y empezó a soplar, logrando tocar la nota más aguda que el instrumento le permitía.

— ¡¿Qué estás haciendo?! —Gritó Edwyn. Su corazón latía desbocado por una mezcla de sentimientos: terror y emoción.

El hombre lobo retrocedió de manera casi automática, intentando taparse las orejas con sus patas delanteras. Sollozaba por el daño que el ruido le estaba causando en los oídos.

—Los oídos de los hombres lobos son muy sensibles —respondió con la respiración agitada— ¡Ayúdame! —y, tras tomar una gran bocanada de aire, volvió a tocar el instrumento.

Edwyn miró a su alrededor, tratando de buscar algo con lo cual también hacer ruido. Divisó dos piedras del tamaño de sus manos al pie de un árbol, así que dejó la espada y el escudito a un lado, las tomó y se acercó lo más prudentemente posible a aquel ser. Empezó a golpear las piedras entre sí lo más fuerte que pudo, logrando que el barullo aumentara y que la bestia huyera a refugiarse.

Lo había hecho. Había vencido a su primer monstruo. Una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó en la cara y dejó escapar una risilla de felicidad pura, pero su momento de alegría se vio interrumpido cuando la chica lo tomó fuertemente del brazo y, casi arrastrándolo, comenzó a correr.

— ¡Tenemos que irnos de aquí rápido, seguro alertamos de nuestra posición a otros hombres lobo!

Edwyn obedeció, apenado por dejar atrás la espada y el escudo que con tanto cariño le había hecho su padre. Ambos corrieron tan rápido como sus piernas, sus pulmones y la vegetación que se les ponía en el camino

les permitían, y luego de unos cuantos minutos, los primeros rastros de civilización se dejaron ver.

Salieron justo detrás de la iglesia del pueblo: en excelentes condiciones a pesar de sus casi 150 años, estaba construida con madera y ladrillos grises, como casi todas las edificaciones del pueblo. Tenía un torreón cuya altura competía con la de los árboles del bosque; en sus principios había sido el hogar de una gran campana de bronce, ahora era el refugio de decenas de piquituertos. Estaba a cargo de Alastair McGaunt desde hacía casi 10 años, el hombre era uno de los pocos sacerdotes católicos que quedaban luego de la instalación de la Iglesia Presbiterana en Escocia, y se esforzaba mucho para que los habitantes del pequeño pueblo siguieran fieles a los ideales que él profesaba.

La chica se detuvo cuando escuchó la voz de una mujer gritar el nombre de Edwyn. El padre Alastair había visto al muchachito entrar al bosque y no tardó en avisar a su madre, quien ahora lo buscaba desesperada. Edwyn también se detuvo, viendo la cara de desconfianza de la niña.

— ¿Estás sola en el bosque? ¿Por qué no vienes conmigo? Mi mamá hace un estofado excelente ¡Seguro te encantará! —trató de convencerla.

—No puedo... No hay lugar para mí aquí

Edwyn agachó la cabeza, triste. En el fondo, sabía que ella le diría que no, pero había mantenido un poco de esperanza. Los gritos de su madre se hacían cada vez más fuertes.

—Entonces, ¿Cómo puedo agradecerte? Por haberme llevado al pueblo, y haberme enseñado sobre los oídos de los hombres lobo.

—Solo prométeme una cosa.

— Lo que sea

—No le cuentes a nadie sobre lo que viste hoy. Ni sobre el hombre lobo, ni sobre mí.

—Pero...

—También prométeme que no volverás al bosque para buscarme. Promételo, por favor.

—Lo prometo —dejó escapar un leve suspiro, no entendía por qué se empeñaba tanto en permanecer oculta.

— ¡Edwyn! ¡¿Dónde estás?! —Por la intensidad de sus gritos, Edith parecía

estar al borde de un ataque de pánico.

—Debo irme —dijo él a forma de despedida, la chica solo asintió.

Edwyn avanzó, dejando atrás la espesura del bosque y se reencontró con su madre.

— ¡Edwyn, cariño! ¡Cuántas veces te he dicho que no te acercaras al bosque! Nos tenías tan preocupados—. La mujer abrazó a su hijo tan fuerte que casi lo deja sin oxígeno.

Emprendieron viaje hasta su hogar, pero antes de abandonar los territorios del bosque, Edwyn miró atrás, esperando ver a la niña una última vez... mas no había rastro alguno de su presencia.

Capítulo 3

Capítulo 2

1603

El pelotón recorría lo que parecía un pueblo fantasma. Lo único que podían escuchar aquella mañana nublada era el ruido de sus propios pasos y el relinchar temeroso de los caballos, y lo único que podían ver, eran casas de piedra cuyas puertas y ventanas estaban selladas con tablones de madera. Desde hacía casi un mes, el horror se había materializado en monstruos sedientos de sangre los cuales ya se habían cobrado seis vidas... Seis vidas que se convertirían en muchas más si nadie le ponía un alto a esa masacre.

Ese era el motivo por el cual el pelotón estaba allí. El grupo, conformado por doce hombres, había sido entrenado para darle caza y exterminar a cualquier criatura sobrenatural que atentara contra la paz de las personas del reino. La pequeña insignia de bronce, que representaba una escoba en llamas, certificaba sus conocimientos y habilidades para hacer ese trabajo.

Edwyn pasaba la mirada por cada una de las casas de ese pueblo, su pueblo, aquel que lo vio nacer y crecer hasta convertirse en todo un hombre. No había vuelto a pisar sus calles desde que partió al cuartel general para recibir su entrenamiento, hacía casi cuatro años. Ansiaba volver a ver a su familia, pero para cumplir ese deseo, primero tendría que terminar la misión que le habían encomendado.

El grupo hizo una necesaria parada en la iglesia, donde los esperaba el padre Alastair. La preocupación en su semblante y el paso de los años, reflejado en arrugas y bolsas bajo sus ojos, fue lo primero que notó Edwyn apenas verle: ya no era aquel hombre serio, pero al mismo tiempo alegre, que él recordaba de unos años atrás. El miedo y el cansancio se habían apoderado de él, y no era para menos, teniendo una amenaza de semejante calibre azotando sin respiro a los pobladores y a él mismo.

En cambio, la iglesia permanecía igual a como él la recordaba: sus ladrillos tenían la misma tonalidad de gris que cuando se fue, la madera tenía las mismas grietas y coloración ligeramente verde por el moho, su torreón seguía imponiéndose sobre el cielo adornado con nubes. Era como ver una imagen extraída directamente de su memoria.

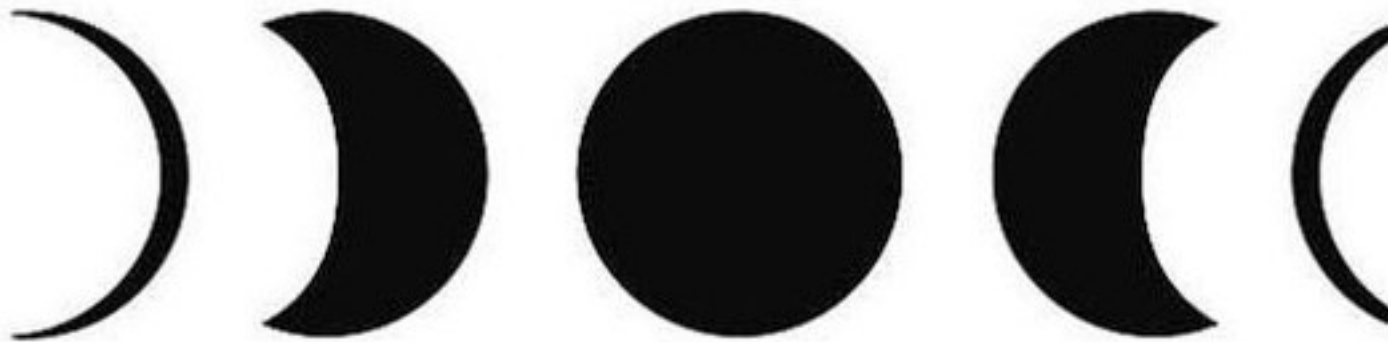
El pelotón se posicionó en frente de la puerta, formando fila y sin emitir sonido alguno, esperando cualquier indicación del padre o de su jefe.

—Hijos míos —Alistair rompió el silencio con una voz calmada y ronca— En nombre de todo el pueblo, les doy gracias por acudir en nuestra ayuda. Sé muy bien que esta no será una tarea sencilla, pero también sé que el bien siempre triunfa ante el mal.

Alastair hizo una pequeña pausa para mirar a los ojos a cada uno de los soldados que estaban frente a él y, al reconocer a Edwyn, no pudo evitar que una pequeña sonrisa se apropiara de su preocupado semblante.

—He bendecido estas estacas de palo para su misión —dijo levantando una bolsita de tela gris— Espero que les sirva de ayuda. Mucha suerte, hijos.

El padre le dio la bolsita a Tristan, el jefe del pelotón, quien más tarde se encargaría de repartirlas entre los miembros. Miró una última vez a Edwyn, y sin decir nada más, se retiró, entrando a la iglesia y poniéndose a resguardo.



Era una mañana fría de otoño: el viento soplaba de manera moderada, llevando consigo las últimas hojas que aún quedaban en los árboles. Algunos soldados tiritaban de camino a la cueva donde habitaban aquellos monstruos, abrazándose a sí mismos para tratar de resguardarse de la temperatura; otros se encargaban de sacar plática a sus compañeros y a moverse sin parar, en un intento desesperado por entrar en calor.

Edwyn solo se limitaba a caminar, arrastrando sus pies por las hojas secas. Su gesto serio, tan impropio de él, llamaba la atención de sus compañeros. Él era una persona alegre, siempre tan charlatán y

dispuesto... Pero ese día parecía que solo se limitaba a existir.

—¡Edwyn! —Exclamó Duncan, uno de sus mejores amigos, mientras pasaba su brazo derecho sobre los hombros del nombrado— ¿Todo en orden?

—Sí —Respondió seco, clara señal de que quería estar solo con sus sentimientos.

No estaba todo en orden: tenía un mal presentimiento desde el primer momento en que puso un pie en el pueblo, aunque no sabía por qué. Él estaba bien consciente de sus destrezas, además, no era la primera vez que se enfrentaba a vampiros, pero esa vez no podía ignorar el revoltijo que tenía en el estómago, ni esa sensación penetrante de estar siendo observado.

También había que agregar la preocupación por su familia. Hacía meses que no sabía nada de ellos, si estaban bien, si estaban mal, o si alguno de ellos se contaba entre las víctimas fatales de aquellas criaturas. Lo único que quería hacer era terminar pronto con el trabajo para sacarse las dudas, pero al mismo tiempo, quería que el trayecto no acabara nunca.

Pero finalmente llegaron. A dos kilómetros del pueblo, entre las montañas, se encontraba aquella cueva que albergaba horrores inimaginables. Era un camino largo para un humano, pero para los vampiros, esos dos kilómetros no eran más que una corta caminata.

Edwyn sacó su pequeña libreta, aquella que siempre traía a las misiones. Su cubierta, de cuero marrón, estaba agrietada por el uso continuo y el poco cuidado, y sus hojas amarillentas contenían información sobre los distintos seres que había dado caza durante años: detalles sobre cómo eran, cuáles eran sus características más peligrosas y, lo más importante, cómo debía matarlos. Cada informe estaba acompañado por un detallado dibujo hecho en carbonilla del monstruo en cuestión; los bosquejos de Edwyn siempre se llevaban cumplidos por parte de sus compañeros gracias a lo bien hechos que estos estaban.

Abrió la libreta en busca de la página correspondiente

"Vampiros

Criaturas que, en apariencia y en hábitos, tendrían que pertenecer a las pesadillas de las personas con pensamientos más retorcidos, pero no, son reales. Muy reales.

Seres humanoides, muy delgados, con piel pálida y áspera; son completamente lampiños, tienen ojos grandes y negros, garras afiladas; sus extremidades son extremadamente largas. Su boca, repleta de

dientes afilados, es su peor arma. Ser mordido por uno de ellos solo podía significar dos cosas: la muerte o, peor aún, ser convertido.

Para evitarlos, se pueden aplicar ungüentos con fuerte olor para tapar el olor de la sangre, y/o utilizar sahumeros; también hay que tener en cuenta que el sol y la sal les irrita la piel. Para matarlos hay decapitarlos, quemarlos o clavarles estacas de palo santo en el corazón "

Cerró la libreta y se puso a inspeccionar brevemente el lugar frente al cual se encontraba. La cueva en la que aquellos monstruos habitaban tenía una pequeña entrada, rodeada de piedras sueltas y restos de sus víctimas. De su interior emanaba un hedor pútrido: el olor a muerte.

Lo sacó de su pensamientos el ruido que los hombres hacían al desempacar el arsenal, que para esta misión consistía de sables bien afilados y suficiente pólvora como para explotar a cada uno de los vampiros hasta que no quedara ni un trozo de ellos. Tristan repartió las estacas de palo santo a los soldados más hábiles (Edwyn, Fergus y Boyd) debido a la complejidad en su utilización. El resto iba a estar armado únicamente con los sables.

Lo más inteligente sería lograr que aquellos seres salieran de la cueva para acabar con ellos, debido a que adentrarse en ella sería un acto suicida. El sol y el espacio serían sus mejores aliados.

Duncan, quién había recibido un entrenamiento especial en explosivos, era el encargado de sacarlos de allí. Tomó una pequeña bomba artesanal cargada de pólvora, y con extremada precaución encendió su mecha con la ayuda de una fogata que había prendido pocos minutos antes de que llegaran a la cumbre. Antes de que el pabito se consumiera, arrojó la esfera al interior de la cueva. Pocos segundos tuvieron que esperar para oír la explosión y, junto con esta, los alaridos infernales que clamaban los vampiros.

Hicieron falta dos bombas más para que los primeros empezaran a asomar cabeza y, ni bien lo hicieron, sus cuellos se encontraron con la filosa hoja de los sables. Los soldados menos experimentados se encargaron de recolectar los cuerpos de los vampiros para arrojarlos de manera apresurada a la fogata, al mismo tiempo que observaban la manera de maniobrar el arma que tenían sus compañeros.

Las lenguas de fuego hoguera iban deshaciendo vorazmente los cadáveres, dejando en su lugar cenizas y humo negro.

Así fueron cayendo uno por uno, hasta que los alaridos en el interior de la caverna dejaron de oírse, siendo reemplazados por el crepitar de las llamas, Pero la misión no había acabado: que no hubieran ruidos no

significaba que no hubiera algo dentro.

Edwyn, Fergus y Boyd se miraron mutuamente y asintieron con la cabeza. Equipados con antorchas, sus respectivos sables y estacas de madera, se santiguaron y entraron sin cavilaciones.

Si desde afuera el hedor era fuerte, en el interior de la cueva este era insoportable. Los tres soldados tuvieron que aguantar las ganas de vomitar; sus ojos se llenaban de lágrimas y las arcadas arqueaban sus espaldas.

La iluminación que las antorchas les proporcionaban les permitieron ver la causa de aquella peste: las paredes de piedra negra estaban cubiertas de sangre seca y rasguños, mientras que en el suelo restos desmembrados de las víctimas se llenaban de moscas y sus larvas.

—Parece.. que está...vacío— dijo Boyd, que trataba de inventar alguna forma de obtener aire necesidad de respirar.

—Sólo hay una forma de estar seguros— alegó Edwyn, y con la valentía e inconsciencia que tanto lo caracterizaban, se hizo un corte en el brazo izquierdo con la pequeña daga que siempre llevaba consigo.

—¿Qué mierda haces?— Exclamó Fergus con los ojos tan abiertos que parecía que iban a salirse de la órbita.

Pero antes de que Edwyn pudiera explicar su razonamiento, un rugido gutural se oyó desde lo más profundo de la cueva.

Los sucesos pasaron demasiado rápido.

Antes de que los otros dos soldados pudieran procesar lo que estaba pasando, el vampiro ya se había abalanzado sobre Edwyn, comprimiendo su pecho con su pie izquierdo y buscando el corte con la lengua para poder saciar su sed.

Con mucho esfuerzo, Edwyn buscó con su mano derecha la estaca, mientras que oponía resistencia con su mano izquierda, para evitar las fauces de aquel ser.

Fergus fue el primero en reaccionar. Debido a la cercanía de la cabeza del monstruo con la extremidad de Edwyn, no intentó decapitarlo: un mal movimiento y el soldado podría perder la mano. En su lugar, cortó el pie que tenía sobre el pecho de Edwyn, lo que ocasionó que perdiera el equilibrio y cayera al suelo gritando de dolor.

Edwyn aprovechó la oportunidad y fue él quién se abalanzó sobre el vampiro esta vez. De manera ágil, clavó la estaca en el pecho de la bestia,

justo en su corazón y fue testigo de cómo la vida, si es que esas cosas estaban vivas en un primer lugar, abandonaba esos ojos llenos de furia.

—¿Acaso estás loco?! Ese monstruo pudo haberte...— la mirada de Boyd se centró en el brazo de Edwyn— mordido.

Donde antes había un inofensivo corte, ahora había una gran herida, cuya forma encajaba a la perfección con los dientes del vampiro. La sangre corría y el dolor de la infección se apoderaba de su extremidad.

La adrenalina y el rápido movimiento que tuvo que hacer para abalanzarse sobre el vampiro impidieron que el hombre se diera cuenta de que había sido mordido.

—No... —Edwyn miró su brazo y sus ojos se llenaron de lágrimas, ya no por el hedor, sino por el temor— No, no, no, no.

—Fergus...—Paralizado por el miedo, Boyd miró a su otro compañero.

—Ya sabes lo que hay que hacer.

Y antes de que Edwyn pudiera decir otro “no”, un fuerte golpe, producido con la empuñadura del sable de Boyd, lo hizo perder la conciencia.

Capítulo 4

Capítulo 3

1589

Durante los últimos años, la pila bautismal había permanecido del blanco más puro que el ojo humano podía concebir. En su jofaina estaban perfectamente tallados unos pequeños angelitos, bellos y de facciones infantiles, que miraban sonrientes hacia arriba. Su pedestal, hecho de mármol, asemejaba en forma a las columnas que podían vislumbrarse en los templos de la antigua Grecia.

Durante los últimos cinco minutos, la pila bautismal se había teñido de ese rojo escarlata tan característico de la sangre recién derramada. El rostro de uno de los angelitos más bellos de la jofaina se había roto con el impacto, siendo reemplazado por fragmentos de cráneo y materia gris. A los pies de su pedestal, yacía un hombre despidiéndose de la vida, inhalando y exhalando por última vez.